

adonde diga, en el toscano, *piace*, dice vuesa merced, en el castellano, *place*; y, adonde diga *piu*, dice *mas*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abajo*.— Sí declaro, por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias.— ¡Osaré yo jurar, dijo Don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos! ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que, el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, *griega y latina*, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que, aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno, el doctor Cristóbal de Figueroa, en su *Pastor Fido*, y el otro, Don Juan de Jáuregui, en su *Aminta*, donde, felizmente, ponen en duda cuál es la traducion ó cuál el original. Pero, dígame vuesa merced: este libro, ¿imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero?—Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor; y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar, á seis reales cada uno, en daca las pajas.—¡Bien está vuesa merced en la cuenta! respondió Don Quijote; ¡bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros! Yo le prometo que, cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas, si el libro es un poco avieso y no nada picante.—¡Pues qué! dijo el autor; ¿quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo; que ya, en él, soy conocido por mis obras; provecho quiero; que, sin él, no vale un cuatrin la buena fama.—Dios le dé á vuesa merced buena manderecha,” respondió Don Quijote; y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulaba *Luz del Alma*; y, en viéndole, dijo: “Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.” Pasó adelante, y vió que, asi mismo, estaban corrigiendo otro libro; y, preguntando su título, le respondieron, que se llamaba la *Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas.—Ya yo tengo noticia deste libro, dijo Don Quijote; y en verdad y en mi conciencia, que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su *San Martin* se le llegará, como á cada puerco; que, las historias fingidas,

tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della; y, las verdaderas, tanto son mejores cuanto son mas verdaderas:” y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta; y aquel mismo dia ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó Don Antonio al cuatralvo de las galeras, cómo aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia; y lo que le sucedió en ellas, se dirá en el siguiente capítulo.